

ZIRA BOX: *España, año cero. La construcción simbólica del franquismo*, Alianza, Madrid, 2010, 391 págs.

Para quienes admiten que cuando un autor habla sobre el franquismo, aunque sea con máxima erudición, revela ante todo un posicionamiento extraintelectual o ideológico, este libro tiene algo de revulsivo y apunta maneras sobre la factura de investigaciones futuras. Pues su narrativa, sin ser desapasionada, evita con bastante sensibilidad el recurso reiterado al juicio de valor camuflado de jerga especializada. Parte de ello se debe tal vez al tema escogido, que se acerca al universo de referentes que moldearon la vida cotidiana de los españoles en la primera posguerra. La investigación no sitúa, sin embargo, a Zira Box en la estela de Basilio Martín Patino: su enfoque no pretende la evocación de *Canciones para después de una guerra* sino el distanciamiento analítico respecto de una cosmovisión cuyos valores, por ajenos que sean, aspiran a ser comprendidos y explicados a una audiencia actual.

Zira Box entiende que analizar la construcción de la simbología franquista entre la guerra de 1936 y los primeros años cuarenta es relevante para dar adecuada cuenta de la legitimidad del régimen surgido de las secuelas del golpe fallido del 18 de Julio. El objetivo recomienda cierta renovación de enfoques. Aunque su estudio sea de símbolos y rituales concretos, abre su libro con consideraciones conceptuales amplias que resultan más que pertinentes al caso, especialmente la complejidad del concepto de «nación» empleada dentro del bando franquista, en la que se entremezclaban referentes culturales, políticos y religiosos, derivando en dos formulaciones que, sin resultar abiertamente antagónicas, definían los contornos de comunidades políticas bastante diferentes por el distinto peso asignado en cada una a la teodicea católica. A esto yuxtapone un esquema de sociología política armado desde discusiones historiográficas de los últimos años, y que identifica una serie de grupos políticos con capacidad de movilización social, influencia política y actividad discursiva. Hay dudas de que una organización —como la Falange— inicialmente minoritaria pero en expansión bajo un estado tan de excepción como una guerra, la en cambio bien asentada e inveterada Iglesia con sus diversas organizaciones adláteres de fanáticos católicos civiles, y la amalgama de sensibilidades tradicionalistas heredadas de la crítica al liberalismo, puedan ser tratadas como sujetos políticos análogos o siquiera comparables. De todos ellos la autora predica en cualquier caso una ideología más o menos coherente, sin que quede claro si las aporías que

descubre en cada una lo son a los solo ojos del investigador del siglo XXI o lo fueron también en su contexto de formulación.

La tesis del libro es que el repertorio de imágenes, símbolos y rituales instituido por el Estado Nuevo ya desde la misma guerra expresa los resultados de las luchas entre las diversas facciones que apoyaron el bando franquista, pugnas que se medían muy en primer término en hegemonía discursiva. La autora desgana este *leit-motiv* a través de todo un elenco de conceptos —la Paz, la Victoria...—, mitificaciones martiriales —José Antonio, el Caudillo,...— y fiestas de un extenso calendario de efemérides y aniversarios. Entra en cada uno de estos casos narrando con detalle algún proceso significativo para su institucionalización y/o la del régimen, siguiendo de cerca la literatura de época. El resultado es historiográficamente exitoso: consigue desde pronto ofrecer un punto de vista en una polémica ya de raigambre, la de la naturaleza del franquismo, matizando con nueva información, reflexión y una más precisa periodización lo relativo a su ascendente fascista.

Hacia la mitad del libro, no obstante, en la página 224, el lector se topa repentinamente con un *dossier* de casi treinta fotografías que vienen a desdibujar los contornos de la obra en marcha. Una de esas ilustraciones, por ejemplo, muestra un grupo de mujeres enfervorecidas con banderas falangistas y brazo en alto en el Madrid de 1939. ¿En qué ayuda el enfoque adoptado a explicar esas actitudes, la adhesión sin ambages que reflejan a una causa? No parece que el estudio de las polémicas discursivas y pugnas de facción más o menos abiertas y agrias producidas en torno de la construcción de los referentes valorativos del franquismo pueda explicar esos actos de identificación subjetiva, salvo que uno asuma una forma extrema de funcionalismo y considere que la oferta de símbolos y rituales creó su propia demanda de adhesión y movilización, lo cual volvería inexplicable la España posfranquista, al menos como resultado de la acción de sujetos dejando de compartir el significado de determinados valores instituidos. En suma, las ilustraciones —que no son analizadas en texto sino apenas referidas— no pueden ser fácilmente tomadas como un «dato» más a favor del enfoque de la autora; lo que hacen en cambio es fomentar preguntas incómodas.

Una cuestión sobre la que Zira Box no elabora suficientemente es cómo, a pesar de las discrepancias íntimas que jalonaron su institucionalización y habida cuenta de ellas, logró el franquismo definir todo un repertorio de arquetipos de hundidos y salvados, una iconografía de «lugares de memoria» y un conjunto de emblemas tan definidos y duraderos. Pues aunque en la obra el lector se topa también en ocasiones con la narración de procesos de hibridación discursiva y estética, el enfoque adoptado es que el orden simbólico franquista refleja ante todo el reparto de esferas de influencia entre grupos e ideologías, según queda bien escenificado en la descripción del complejo calendario ritual del Nuevo Estado. El estudio del universo de lo simbólico recomienda sin embargo un énfasis cambiado, al menos si se aspira a evitar «demonizar» de nuevo de

partida el franquismo, aunque ahora de forma más sutil o inconsciente (etimológicamente, *συμβάλλειν* significa «lanzar y reunir», frente a su contrario *διαβάλλειν*, «lanzar y dividir», de donde viene *diablo*, que encarna la ausencia última de unidad en la forma).

Zira Box es una científica política, no una experta en estética y su lenguaje. Pese al subtítulo del libro, su eje de atención no es la construcción simbólica del franquismo sino las polémicas que la presidieron. Su investigación no tiene por objeto reflexionar en primer término sobre el significado de unos imaginarios franquistas más o menos conocidos, sino analizar cómo fueron creados e instituidos. Ahora bien, esto no la libra de abordar problemas de lenguaje; al contrario, la insta a sumergirse enteramente en ellos.

Sorprende por ello la total ausencia de un marco de referencia en materia de teoría del lenguaje y sus usos, un terreno que, además de contar ya con variadas escuelas reconocidas —desde la deconstrucción a la historia de los conceptos pasando por diversas versiones de pragmatismo contextual, semiótica histórica, semántica cognitiva y un largo etcétera— se ha convertido en un verdadero caladero para los estudios históricos interesados en el campo de la cultura, y en especial de la cultura política. Se echa en falta una mínima propuesta metodológica ante la importante tarea hermenéutica que necesariamente ha supuesto el estudio realizado, máxime cuando las fuentes que la autora maneja se sitúan en un nivel intermedio entre los textos de alta filosofía política y los del habla cotidiana, con un eje central en la prensa escrita, tipo de registro más habitual en el estudio del discurso.

Pero el vacío no es solo de método; es también de teoría. Siendo ya como es viejo el llamado «giro lingüístico», al lector le conviene saber si la autora está entre quienes piensan que el lenguaje traduce con transparencia ideas preexistentes en un grupo o si más bien las refracta o incluso las predefine a partir de una oferta contextual de significados dada. De manera tácita, la autora obra movida por la primera opción. El problema de seguir como hace un esquema «clásico» en este terreno es que, por medio de él, la cuestión que atraviesa la obra —esto es, por qué las luchas discursivas entre falangistas, nacionalcatólicos y tradicionalistas dieron los resultados que dieron en el reparto de los diversos recursos simbólicos de la dictadura— no puede ser *explicada* por medio de ningún proceso de corte discursivo. La alternativa a una clásica respuesta exógena solo puede darse si se admite que, al margen de otros factores de fuerza, algunos discursos elaborados *ad hoc* pudieron resultar más persuasivos (no necesariamente en cambio más coherentes) que otros. Todo lo que no sea eso se queda en *mostrar* el comportamiento en el terreno discursivo de sujetos condenados de antemano a ser vencedores o vencidos en sus apuestas ideológicas.

Para salir de este trampantojo hay como mínimo que relajar el cerrado vínculo que aquí se asume entre lenguaje e ideas. La autora no concede a la producción discursiva ninguna potencial autonomía; reduce su estudio a la inserción en textos de unas u otras ideas predefinidas. Ciertamente, el que aborda fue

un período de discurso archiideológico, pero ello no debería ser fuente de confusión: ninguna ideología deja de estar construida con palabras, imágenes literarias y conceptos más o menos evocadores y más o menos analíticos cuyos desplazamientos, fijaciones y saturaciones semánticas escapan a la capacidad de definición de ningún sujeto ni a ninguna cosmovisión o ideología preestablecida, por totalizadora que diga (o aspire a) ser. Existe la innovación y el cambio semántico como resultados no intencionales de luchas por la hegemonía, de la misma manera que se dan procesos de deriva y continuidad de significados contra la voluntad de quienes pergeñan ideologías o las imponen. En el terreno del lenguaje al menos, 1939 —y, por mismas razones, 1936— no fue precisamente un «año cero».

Esa *reductio ad ideologiam* de todo lo que sea lenguaje deslucen un trabajo de lectura exhaustiva y detallada de textos como el que está detrás de este libro. Zira Box trata la etapa más críptica de la cultura moderna española como si se tratase de un mundo de significados transparentes, de palabras que hablan casi por sí solas, y eso revela un problema de sensibilidad tan marcado como pueda ser en otros el exceso de enjuiciamiento. Conforme se avanza en su lectura, el libro acusa tendencias sintomáticas a este respecto: aparecen latiguillos del tipo, «como no podía ser de otra manera» o «como era de esperar» cuando se habla de las opciones discursivas de unos u otros grupos en liza, y la interpretación textual deviene en ocasiones exégesis y glosa descriptiva. Finalmente, las secciones empiezan a parecerse demasiado entre sí.

El lenguaje que nos llega del pasado en general, y en concreto el de determinados contextos con los que no estamos en continuidad de valores, es mucho más opaco, por ajeno, de lo que aquí se nos trata de persuadir. Esto no significa que no podamos conocer el significado que en su contexto tuvieron palabras que se mantienen en nuestro diccionario pero con otros sesgos valorativos y contenidos semánticos. Mas si no queremos que estos se nos escapen irremediablemente, hay como mínimo que reconocer al lenguaje una dimensión poética, creativa, irreductible al uso estratégico. Esto implica a su vez apelar a una concepción de la acción política cuando menos suplementaria, si es que no alternativa, de la que rezuma este libro. Pues no solo existe la «infrapolítica» de las pugnas intestinas entre grupos de interés más o menos organizados por ganar influencia; como ha aireado precisamente la reciente literatura sobre «religión política» que Zira Box muestra conocer bien, hay también toda una *meta-política* en la acción social: y es que además de «re-ligar», como subraya la autora, lo sagrado tiene igualmente la función de suscitar actos de implicación personal «sin límites», formas de política *absoluta* en las que el sujeto no calcula, ya que considera que lo que está en juego es el sentido de su existencia entera; pues bien, el discurso que suele acompañar este tipo de acciones a menudo desborda los dogmas ideológicos establecidos.

Por su formación y sensibilidad, Zira Box tenía en su mano la posibilidad de adentrarse por algunos de estos derroteros teóricos, pero ha preferido plegar-

se a las convenciones de una historiografía marcada por toda una dependencia por la trayectoria en enfoques y métodos. Su investigación sirve bien a esa causa, pero puede que a un precio demasiado elevado. Pues dilucidar si el franquismo fue o no fascismo es algo que no puede esperarse de una actividad puramente heurística: no vendrá de ninguna exploración temática nueva con viejo utillaje, sino de la superación de los fundamentos en que se apoyan los enfoques historiográficos aún dominantes. Podemos esperar que ella misma aporte más en esa dirección en el futuro.

Pablo Sánchez León,
Universidad del País Vasco